

pirar el amor en tu aliento, por depositar en tu hermosa frente un beso en que exhalase mi vida! Pero, ¡imposible! á mi deshonra está prohibido amarte á la faz del mundo; yo solo puedo idolatrarte sin esperanza, guardar tu imágen adorada en el fondo de mi corazón!..... llorar y sufrir.

Y Amparo ocultó su hermosa cabeza entre las manos.

VIII.

EULALIA DE GUZMAN.

TRASLADEMONOS ahora á una elegante habitacion situada en la suntuosa calle de los Donceles.

Era un palacio completamente.

Se componia de tres pisos. En el inferior estaban las piezas destinadas para almacenes y bodegas, dando á un estenso patio, obstruido en parte por dos magníficos carruajes y algunos tercios con efectos mercantiles arpillados aún. Los entresuelos estaban destinados para el despacho, escritorio y habitacion de los dependientes. En el piso superior habitaban los opulentos dueños de esta casa, al parecer comerciantes acomodados. Despues de subir una ámplia y elevada escalera, se encontraba uno en un estenso corredor, en el que se habia formado un jardin, segun la profusion de macetas cargadas de flores esquisitas compradas tal vez en el jardin de San Francisco. Al costado izquierdo de este corredor, daban las puertas de los aposentos.

Esta suntuosa morada pertenecia al rico comerciante D. Febronio de Guzman, que poseia un capital activo de doscientos mil pesos, una estensa hacienda en el Estado de Guanajuato,

algunas fincas en la capital, y una hija de veinte años, linda como un cielo.

Como se vé, con semejantes dotes el bueno de D. Febronio, no podia menos de ser solicitado y bien recibido en todas partes, como era además hombre de buen humor, algo campechano y muy nécio; pero no, no digamos esa palabra, digamos mejor, muy tonto, su casa era el centro de reunion de cuanto mas florido, mas elegante, mas rico y (vergüenza causa decirlo) mas prostituido tiene la parodiaristocracia mexicana.

En otra novela he hecho una crítica de esta clase inútil y tan ridícula en México; por consiguiente no hablaré mas de ello, para evitar ser lo menos enfadoso posible á mis lectores. Baste saber que D. Febronio pertenecia á la aristocracia, que su esposa aunque tenia cincuenta años, era una de esas mujeres que se empeñan en no envejecer jamas, y que su hija era muy hermosa.

Eulalia, este es el nombre de la hija, era una jóven bella como la inspiracion de un artista; pero con esa belleza especial y terrible, por decirlo así, que parece la obra sublime de un génio malévolo, el génio de la tentacion, una de esas jóvenes que á los hombres mas frios y que han formado mas teorías acerca del amor y la hermosura, los arrebata con un estremecimiento nervioso y les trastorna la cabeza con una pasion violenta que se parece mucho á un deseo: envidia de las otras mujeres, objeto codiciado por todos los hombres, aunque no sean muy codiciosos.

En efecto, figuraos una frente tersa, unos ojos ardientes y que no se sabe de qué color son verdaderamente, porque nunca se les puede ver sin sentirse deslumbrado y abrasado, una boca ni muy pequeña ni muy fina, pero entreabierta por una sonrisa fatal, algo sarcástica, algo desdeñosa, muy bella, para dejar ver dos hileras de dientes blanquísimos, parejos, bellos, dos hileras de perlas como diria el galante poeta Luis Ortiz, ó flores del café como ha dicho Plácido; una barba con un hoyito pequeño, nido de amores; un rostro, en fin, que estudiado detenidamente, no presenta tal vez nada de hermoso y hasta llega á ser feo; pero todo el mundo opina que esta hermosura que consiste en el

conjunto y no en los detalles; esta bella fealdad, permítasenos la expresion, es la que mas atrae y enamora. Figuraos un cuello blanco rosado con el color de la primera tinta de la aurora, un seno redondo, túrgido, palpitante como si estuviese fatigado ó escitado, una cintura delgada como la de una abeja, unos piés pequeños que conociendo su valor se calzan con primoroso lujo, una estatura *souple*, como diria un francés, elegante, mas bien alta que mediana, unos brazos redondos, unas manos no muy pequeñas; pero tan bellas, tan perfectamente torneadas, que hubieran causado la admiracion y hubieran servido de modelos de escultura á Miranda y Antonio Romero; una marcha lánguida, perezosa, que comunicaba al cuerpo una oscilacion suave como la del tulipan mecido por la brisa de Setiembre. Figuraos ese conjunto animado y simpático, tan agradable de contemplar de los cuadros de D. Miguel Mata, ese distinguido artista mexicano, y tendreis una idea completa de la hermosura de Eulalia.

Hemos penetrado en esta casa, porque hay en ella esta noche una fiesta, un gran baile nada menos.

¿A qué es debido? Lo diremos en pocas palabras:

Hacia algunos años que Eulalia, con su hermosura de reina, atraia tras de sí un cortejo de aduladores y admiradores que invadian su casa en calidad de tertulianos y visitas admitidas por D. Febronio y su esposa D^a Juliana.

Muchas miradas se habian clavado con pasion en su bello rostro, muchas dulces palabras se habian murmurado á sus oídos en medio de la embriaguez de un wals de Strauß, muchos billetitos se habian deslizado en sus manos, en una contradanza, ó se habian hecho llegar á ellas por medio de criados que vendian este servicio á peso de oro; pero Eulalia no hacia caso de las miradas porque creía merecerlas, escuchaba las dulces palabras como un tributo de admiracion á su sin par hermosura de diosa y volvia los billetes despues de haberlos leído, ó sin tomarse esa pena, los volvia despedazados ó los guardaba sin hacerles caso ni contestarlos jamas.

Así es, que algunos amantes, despues de suplicar algun tiempo, se alejaban de ella tan enamorados como el primer dia; pero huyendo de un abismo; otros se desesperaban, otros de ado-

radores se convertían en sus enemigos mortales, y la boca que otros días exhalaba palabras de súplica y ternura, después solo se abría para proferir sangrientos chistes acerca de su conducta, ó maldiciones.

Pero Eulalia pasaba erguida é indiferente por en medio de estos pesares, de esas desesperaciones, de esas hablillas. Su hermosura la escudaba y justificaba sus acciones por crueles que estas fuesen.

Sin embargo, la hermosa jóven había sido la heroína de una historia de llanto.

Un día, Víctor, el desdichado artista que le daba lecciones de piano, había dejado caer de sus labios algunas de esas palabras que apenas alcanzan á revelar un átomo de la pasión infinita en que se abrasa un corazón lastimado, un corazón que no vive más que por esa llama que al par que le dá vida, le consume. Pero Eulalia, que no podía menos de conocer la pasión que en silencio le profesaba hacia algún tiempo el infeliz poeta, se llenó de indignación al escuchar sus palabras.

¡Atreverse á amarla, á ella, rica, hermosa, seductora, un artista, un poeta cuyo caudal está solo en la imaginación y en el alma, y que en vez de producir el dulce retintín de las monedas de oro, produce los sonidos del cielo y habla en el idioma con que Dios habla á los bienaventurados en esas regiones en que todo es luz!

¡Fuera un hombre rico, tal vez, pero un poeta ó un artista mexicano, uno de esos Judíos de la actual sociedad! ¡un hermano de Serán que murió de hambre en Guadalajara y de Rodríguez Galvan que murió de pesares!

El enojo de Eulalia había producido la espulsión de su casa al desgraciado Víctor.

Así es como había llegado hasta la edad de veinte años, despertando pasiones, deseos, esperanzas y desengaños. Pero últimamente se había presentado un nuevo admirador que tenía todas las probabilidades de éxito en aquella lucha de amor.

Eulalia era inespugnable. Pero también Gibraltar era inespugnable, y sin embargo, á fuerza de sangre cayó en poder de los ingleses.

Isidoro de San Roman, que era el nuevo amante, contaba en su favor muchas circunstancias. En primer lugar, era muy rico: En segundo, era muy hermoso, de una figura muy simpática, y se vestía con una elegancia que había adquirido en Europa. En tercero, conocía perfectamente á las mujeres y su lado débil. En cuarto, estaba muy enamorado, es decir, enamorado como lo puede estar un hombre cuyos sentimientos ya conocemos por la orgía de la Gran Sociedad y por la historia de la infeliz Amparo. En quinto, había formado un capricho de poseer á aquella mujer y ganar la prenda que tantos se disputaban.

Con la primera circunstancia, se había atraído la voluntad y el cariño de los padres de Eulalia. Con la segunda, ambas cosas de la jóven. La tercera, le era un poderoso auxilio en aquella lucha. Con la cuarta, gozaba de antemano. Y para conseguir su capricho y salir vencedor, había dejado caer estas palabras sacramentales, suficientes casi siempre para vencer á la mujer más rebelde.

“Me caso.”

Así es, que después de haber hablado de ello á Eulalia, pidió formalmente á sus padres la mano de la jóven que le fué inmediatamente concedida. Eulalia, al fin, se había enamorado de Isidoro.

Entonces los numerosos amantes de la jóven, sintiéndose impotentes para luchar con aquel coloso, desistieron de su empresa. Unos se retiraron desairados. Otros siguieron visitando la casa en calidad de amigos.

Todo se empezó á disponer para el casamiento. Por eso era el baile de esta noche. Lo daba Isidoro á la familia de Eulalia, que dentro de pocos días debía ser su esposa.

Ahora que ya conocemos los antecedentes, penetremos en el salón.